A.P.C.E.
SIG.: 1.26/763

Apelación al extranjero

Por CARLOS ESPLÁ

¡Buena la ha armado el Ateneo de Madrid con su apelación ante la conciencia universal! Ha indignado a los buenos patriotas, entre ellos a José Antonio Primo de Rivera, que firma, con varios duques y vizcondes, un documento de protesta. ¿Qué le importa al extranjero lo que ocurre en España? Acaso tengan razón los protestantes, a los cuales deben unirse en seguida Delgado Barreto, Manuel Bueno, el marqués de Quintanar, el doctor Bandelac de Pariente y otros patriotas que, con el hijo de Primo de Rivera, constituían aquella famosa «organización adecuada» para la propaganda de la dictadura en el extranjero, cuya existencia confesó el tiranuelo en su nota del 17 de Enero de 1930. También podrían firmar la protesta los accionistas americanos de la Telefónica, el francés Malvy, los turistas del Consejo de la Sociedad de Naciones que se prestaron a dar lustre a la dictadura, los «enviados especiales» de ciertos periódicos europeos y americanos, y tantos otros extranjeros que dieron su aprobación desinteresada al régimen de tontería, arbitrariedad, soborno y ajarismo implantado por el estadista jerezano.

¿Qué le importa al extranjero lo que ocurre en España? Podrá sostener esa tesis de aislamiento nacional el patriota albista señor Royo Villanova, cuya actitud respeto. Pero ¿pueden sostenerla también quienes han buscado durante siete años el aplauso de la galería extranjera y han pagado con dinero nuestro la claque internacional?

Poca memoria tienen, por lo visto, José Antonio Primo de Rivera y sus compañeros de «organización adecuada.» Debían recordar, al menos, los pellizcos que daban a la consignación secreta para glorificar la obra de la dictadura.

Primo de Rivera parecía no tener, en el Poder, otra preocupación que la de ser elogiado fuera de España, sabiéndose despreciado dentro. Quería hacer creer al buen pueblo, con los ojos vendados por la censura, que en el extranjero se le admiraba y hasta nos lo envidiaban. Escribió al «Quotidien» la carta, en respuesta a los magníficos artículos de Unamuno, que Francisco Madrid publica en su reciente libro sobre los desterrados de la dictadura. ¿No fué aquélla una apelación al extranjero? Pagó librillos y folletos en francés para atacar a Blasco Ibáñez. 40.000 pesetas costó al contribuyente español un sólo artículo, escrito de puño y letra del dictador, publicado en «Le Temps» para decir unas cuantas idioteces. Centenares de miles de pesetas gastó la dictadura en la «organización adecuada» del Manuel Bueno, el Quintanar y los demás sujetos citados, sin otro resultado que el de hacer publicar unos cuantos bombos al dictador. Vino éste a París, un 14 de Julio, buscando la ovación de esta capital extranjera, que le tributó, por cierto, una pita inolvidable. La colaboración franco-española en Marruecos ¿no fué también apelación al extranjero...?

Que digan el Sauerwein y todos los demás currinches de la Prensa internacional, sin olvidar la murga latina del Waleffe, cómo se les trataba cuando venían invitados a España—¡todo está pagao!—a cambio de que diesen unos lametones periodísticos a las espuelas dictatoriales.

Apelación al extranjero fué llevar a Madrid, como una atracción de feria el Consejo de la Sociedad de Naciones—enseñando a Briand como un bicho raro—y el discursito que Orbaneja tenía preparado y que no pudo soltar en la sesión inaugural.

La historia de la dictadura no es otra cosa que ese vano y grotesco forcejeo por asomarse a los Pirineos y gritar, con súplica de gitano de taberna: «¡Oiga mochú! ¡Ande, míster! Digan a estos autointelectuales que soy el tío más grande de la creación y tomen ustedes lo que quieran.»

Daba vergüenza ser español, saberse gobernado por aquella gentuza y saqueado por el Barreto, el Manuel Bueno, el Bandelac y otros lamebolsas de la «organización adecuada» que deshonraba a España en el extranjero, atacaba a nuestros más altos valores espirituales y costaba al pueblo español una millonada. Ocho o diez mil pesetas le quedaban líquidas al Manuel Bueno cada mes por esa faenita de «apelar al extranjero.» Pero el Manuel Bueno no es todavía incompatible con el pulquérrimo «A B C», como lo es el periodista honrado, hombre de conciencia y de decencia, don Rafael Sánchez Guerra...

Apelación al extranjero... ¡Tartufos, miserables, raleros de nuestro dinero, ladrones de nuestra libertad, violadores de nuestros domicilios y nuestra correspondencia, injuriadores de nuestras glorias!... Os duele, os escuece la apelación a la conciencia universal... Pero no por lo que tiene de universal, sino porque es conciencia.

CARLOS ESPLÁ

París, diciembre.